



## **“De Sentido Común”**

*Ciclo de Reflexiones a cargo del Padre Héctor Albarracín*



[Volver a "de sentido común"](#)

### 70 - De Sentido Común: **“Creo en la Iglesia...”**

Rezamos en el Credo: “Creo en la Iglesia católica”. La Iglesia, como la persona de Jesucristo y todo el mundo sobrenatural, es objeto de nuestra fe. Tener fe es – a partir de lo visible o lo audible- dar un salto de confianza en Dios que se nos revela hacia lo que no vemos ni percibimos directamente. La fe supone lo humano, lo natural, la realidad concreta, la supone, pero la trasciende. Es relativamente fácil creer en Dios, en Jesús, pero creer en la Iglesia tiene un componente adicional: los defectos y miserias de las personas concretas que la integramos.

Dios, Jesús, la Virgen no tienen defectos ni miserias, tampoco la doctrina de la Iglesia, pero si sus miembros porque somos pecadores. La fe no niega esa realidad, sino que la trasciende, sabe ver detrás de esa miseria un don, ya que llevamos ese tesoro en vasijas de barro. San Agustín lo decía hermosamente: “hay que tomar el fruto y tener cuidado con las espinas”; esto significa que de los miembros de la Iglesia ni se toma todo ingenuamente ni se descarta todo incrédulamente.

Hace un tiempo se estrenó una película sobre los “dos papas”. Una buena “película”, buena actuación, muy buena ambientación, pero hecha sin fe, aunque contenga algunos datos veraces

[Volver a "de sentido común"](#)



## **“De Sentido Común”**

*Ciclo de Reflexiones a cargo del Padre Héctor Albarracín*

o verosímiles. Es como si alguien quiere contar la historia de un matrimonio concreto, pero no cree en el amor, se le va a escapar el fondo de la cuestión. Tener fe en la Iglesia de ningún modo significa negar las miserias humanas ni las cuestiones sociales y políticas que conforman la Iglesia, pero significa trascenderlas y encontrar un verdadero sentido de cosmovisión, un horizonte de comprensión. Llama la atención, por ejemplo, cómo “el mundo” le da gran libertad a la Iglesia en cuestiones de fe (acerca de la persona de Jesucristo, los sacramentos, etc.) pero se siente amenazado por su moral. Es curioso que los mismos que llevan sus hijos a bautizar por el sacerdote, a bendecir elementos de piedad popular, o se acercan a sus misas, o a sus responsos, a la hora de confesarse dicen “¿por qué me tengo que confesar con el sacerdote si es un hombre como los demás?”, ¿por qué no dicen lo mismo para todo lo “demás”? ¿por qué le dan poder al sacerdote para algunas cosas y se las quitan para otras? Lo mismo sucede, de algún modo, en esa película: el problema con la Iglesia es la moral que enseña, supuestamente opuesta en los dos papas. Mientras que, en realidad, para los que realmente creen en la Iglesia, lo primero en la Iglesia no es su moral sino su fe, en lo que cree, la moral es consecuencia. El que no tiene fe juzga a la Iglesia como una sociedad, un conjunto de normas, una barca comandada políticamente por su “jefe”, pero se le escapa lo esencial: su “dueño” divino, su fe y su amor y su destino final: el puerto eterno. No inculpamos a los que no tienen fe en la Iglesia sólo les pedimos que nos juzguen lo que les excede... Rezamos en el Credo: “Creo en la Iglesia católica”. La Iglesia, como la persona de Jesucristo y todo el mundo sobrenatural, es objeto de nuestra fe. Tener fe es – a partir de lo visible o lo audible- dar un salto de confianza en Dios que se nos revela hacia lo que no vemos ni percibimos directamente. La fe supone lo humano, lo natural, la realidad concreta, la supone, pero la trasciende. Es relativamente fácil creer en Dios, en Jesús, pero creer en la Iglesia tiene un componente adicional: los defectos y miserias de las personas concretas que la integramos. Dios, Jesús, la Virgen no tienen defectos ni miserias, tampoco la doctrina de la Iglesia, pero sí sus miembros porque somos pecadores. La fe no niega esa realidad, sino que la trasciende, sabe ver detrás de esa miseria un don, ya que llevamos ese tesoro en vasijas de barro. San Agustín lo decía hermosamente: “hay que tomar el fruto y tener cuidado con las espinas”; esto significa que de los miembros de la Iglesia ni se toma todo ingenuamente ni se descarta todo incrédulamente. Nos pareció muy alusiva la imagen que ilustra esta nota: la llama es la fe, no se ve en la sombra de este mundo, pero es tan real como la madera en la que se prende; el que no ve la llama no entiende por qué se consume el fósforo... ni para qué...

P. Héctor Albarracín

